

## EL CRISTOCENTRISMO DE LA REFLEXIÓN ECLESIOLOGICA DE PABLO VI (y II)

### C) *Los aspectos internos y externos de la Iglesia*

La continuación de Cristo en la Iglesia y la distinción entre ambos, que hemos analizado en el magisterio de Pablo VI, nos hablan de una complejidad en el misterio de la Iglesia, de una multiplicidad de elementos que solamente en su conjunto son capaces de desarrollar la misión eclesial siendo realmente sacramento de Cristo. Toda esta variedad de elementos tiene su propio fundamento en Cristo, en su encarnación; pero también, al ser la Iglesia distinta de Cristo, estos elementos no realizan en ella su función de la misma manera. Ello ha dado lugar a una serie de tensiones que, especialmente en los años posconciliares, se han centrado en el aspecto institucional de la Iglesia.

Sin embargo, solamente en la complejidad, en la unión de todos los aspectos, está la verdadera Iglesia. Y el papa lo confiesa así y lo hace objeto de fe en su famosa profesión de 30 de junio de 1968:

«Creemos en la Iglesia una, santa, católica y apostólica, edificada por Jesucristo sobre la piedra que es Pedro. Ella es el Cuerpo místico de Cristo, sociedad visible, dotada de órganos jerárquicos, y comunidad espiritual, Iglesia terrestre, Pueblo de Dios que peregrina aquí en la tierra, e Iglesia enriquecida de bienes celestiales, germen e inicio del Reino de Dios, en el que se continúan la obra y el dolor de la Redención a

través de las edades humanas, y que aspira con todas sus fuerzas a la consumación perfecta que ha de alcanzar en la gloria del cielo después del final de los tiempos»<sup>1</sup>.

Pablo VI, fiel seguidor del Concilio en su fe, reúne todos los aspectos en la confesión. A continuación, vamos a ir rastreando la unidad de estos aspectos en sus palabras, en primer lugar viendo su origen en la encarnación de Cristo, a continuación individuando cada uno de los aspectos.

### *La dualidad como fruto de la Encarnación*

La tensión divino-humana en la Iglesia, que se manifiesta en toda una serie de dualidades en su estructura, tiene un origen cristológico. A causa de este origen, en más de una ocasión la eclesiología ha repetido los errores habidos en cristología. El más fuerte de ellos, por su duración, fue el que, reaccionando contra el protestantismo, veía a la Iglesia solamente desde sus aspectos visibles. La historia de la eclesiología del último siglo es también la historia de la superación de esta visión parcial y podemos decir que el Concilio Vaticano II es el momento del equilibrio doctrinal de lo divino y lo humano en la Iglesia.

Sin embargo, los años posteriores al Concilio encierran de nuevo el peligro del desequilibrio. El redescubrimiento oficial de la Iglesia como misterio trae como consecuencia parcialista el desprecio de su exterioridad y el peligro de una afirmación exclusiva de los aspectos interiores. Pablo VI, a lo largo de su pontificado, pone en guardia contra este peligro; y sus advertencias van subiendo de tono con el paso de los años. De hecho, una ruptura del equilibrio humano-divino en la concepción eclesial mina en sus mismos fundamentos la eclesiología del Vaticano II, porque pierde la Iglesia su estructura sacramental<sup>2</sup>. El

<sup>1</sup> *Acta Apostolicae Sedis* (AAS), 60 (1968) 440; *Insegnamenti di Paolo VI* (IPVI), Tipografía Poliglotta Vaticana, 6 (1968) 295.

<sup>2</sup> Pablo VI habla en la exhortación apostólica *Paterna cum benevolentia* de aquellos que separan el aspecto humano del divino en la Iglesia como ofuscadores de su sacramentalidad. Cf. AAS 67 (1975) 11-16.

Concilio solamente se mantiene en el equilibrio fruto de la cristología.

De ahí la queja profunda del papa contra los que separan las estructuras de los carismas, la organización externa del Espíritu que la anima; contra los que, prescindiendo del aparato eclesiástico, se refugian en pequeñas comunidades en las que encuentran «su» Iglesia prescindiendo de toda la Iglesia; contra los que buscan el Espíritu prescindiendo del cauce por el que el Espíritu nos ha sido dado<sup>3</sup>. Pablo VI llega a hablar de que el Concilio ha sido la ocasión para que en la Iglesia haya habido un nuevo brote de doctrinas protestantes que rompen la eclesiología conciliar y se acercan al libre examen<sup>4</sup>. Como decimos, a medida que avanzan los años esta constatación se hace más insistente. Pero, en realidad, nos volvemos a encontrar con el problema que ha existido siempre en la Iglesia y que ha surgido de nuevo a raíz del Vaticano II: el del plan de Dios que, tanto en la encarnación como en la Iglesia, se vale de lo visible para salvar a los hombres; escoge el camino sacramental para poder entrar en contacto con ellos<sup>5</sup>.

En efecto, a la hora de justificar la visibilidad de la Iglesia y muy especialmente el ministerio apostólico, el papa acude a Cristo; El es quien ha querido la vía humana, externa, para que su misión siga llegando a los hombres. Pero no la ha querido como algo accesorio, fruto solamente de su voluntad, sino como exigencia de la misión misma. Así, lo externo es manifestación de lo interno a la vez que señal de ello; así, la Iglesia es propiamente sacramento de la unión de Dios con la humanidad<sup>6</sup>. Profundizando aún más, Pablo VI ve a la Iglesia, prolonga-

3 Es muy sintomático a este respecto el tradicional discurso al clero romano en febrero de 1975: Cf. IPVI 13 (1975) 141-142.

4 En el discurso al clero romano del siguiente año, estas quejas se hacen aún más profundas: Cf. IPVI 14 (1976) 176-177.

5 Ch. Journet, comentando la Constitución sobre la Iglesia del Vaticano II, advierte del peligro que se ha dado a lo largo de toda la historia de dividir en Cristo la humanidad de la divinidad, peligro que ha trascendido también a la eclesiología; peligro también presente en los tiempos conciliares. Cf. 'El carácter teándrico de la Iglesia, fuente de tensión permanente', en G. Barauna (ed.), *La Iglesia del Vaticano II* (Barcelona 1968) 365-376.

6 Cf. Catequesis del 22 de junio de 1966: IPVI 4 (1966) 800.

ción de Jesús en la historia, con características análogas a su persona; es la dinámica de la encarnación la que ha marcado la estructura de la Iglesia<sup>7</sup>. En Cristo hombre actuaba y se manifestaba la divinidad, y en la Iglesia humana esa divinidad sigue actuando y manifestándose. Por ello, toda visión que se detenga en lo que aparece en la Iglesia sin trascender a lo que por esa manifestación es significado, es totalmente insuficiente para comprender su misterio. La Iglesia tiene su razón de ser en lo que ella significa; ha de ser amada por lo que ella encierra; su valor no está en su expresión visible que, al ser humana, puede estar equivocada y no responder plenamente, o responder en infidelidad, al Dios que encierra. Todas estas ideas nos muestran cómo la encarnación marca la estructura eclesial que, a veces, no responde plenamente por distinguirse precisamente de la encarnación.

También la teología de la época se ha detenido en estas consideraciones y ha establecido el paralelismo entre las estructuras encarnatorias y las eclesiales partiendo de la misión de Cristo<sup>8</sup>; ha visto en la comunidad de estructuras el origen de tensiones semejantes y ha señalado el carácter temporal y peregrinante de estas estructuras humanas que en sí mismas son inadecuadas para expresar la divinidad<sup>9</sup>. En el mismo lugar donde está la grandeza de la Iglesia —manifestar la acción divina—, se encuentra su gran problema —inadecuación para mostrarla—. Una vez más la estructura y el ser eclesial se encuentran con los mismos problemas que tuvo la humanidad de Cristo.

A la hora de establecer este paralelismo y explicar cómo en la Iglesia sus estructuras externas pueden ser manifestación y signo de la gracia interna, Pablo VI vuelve al Espíritu Santo como posibilitante de la sacramentalidad. El es quien se conjuga con los elementos institucionales y los hace vivos y significantes; El es quien, actuando internamente en la Iglesia, hace que se exprese externamente su acción<sup>10</sup>. El Espíritu actúa en la Iglesia siguiendo los esquemas encarnatorios de la humanidad de Cristo,

7 Cf. Homilía del 7 de marzo de 1971: IPVI 9 (1971) 170-171.

8 Cf. P. Rosano, 'Teología de la misión', *Mysterium Salutis* IV/1, 541.

9 Cf. Journet, op. cit., 366.

10 Cf. Discurso *In Signo Sanctae Crucis*: AAS 56 (1964) 807.

uniendo en un solo designio los planes de Dios. Dios ha respetado en profundidad la estructura humana; no sólo se ha hecho hombre, sino que en su hacerse hombre entra el respeto y la elevación de todo lo humano. Y el hombre en Cristo se ha convertido en el medio de la salvación, además de en su término. La salvación se anuncia por el hombre, se comunica por el hombre, se realiza por el hombre. Este hombre, pieza clave de la salvación, es Cristo; este hombre hoy son los hombres de la Iglesia. En la salvación de Dios la visibilidad humana es pieza esencial y el Espíritu de Cristo es quien convierte al hombre en intermediario de la salvación<sup>11</sup>. De este modo, el Espíritu de Dios respeta plenamente las estructuras humanas y las consagra como mediación salvífica<sup>12</sup>. La encarnación de Cristo y su Pascua han santificado por medio de su Espíritu la institución eclesial que ha sido elevada a signo sacramental de la salvación de Dios acaecida en Cristo.

El Espíritu eleva lo institucional y externo de la Iglesia a categoría de signo porque previamente ha hecho de la Iglesia una comunión de vida con la Trinidad. Por ello, el camino de lo externo a lo interno está precedido del camino de lo interno a lo externo. Cristo ha hecho posible en su encarnación y por medio de su Espíritu la comunión del hombre con Dios. El Espíritu que une a las personas divinas nos ha sido dado por Cristo y nos ha unido a ellas. Y esta comunicación interna se manifiesta al exterior convirtiéndose así en anuncio y signo. La visibilidad que es medio de evangelización, anuncio y causa de comunión, es primeramente consecuencia y efecto de la comunión con la que el Espíritu continúa la misión de Cristo<sup>13</sup>. Al hablar de dualidades en la Iglesia, al hablar de significantes y significados, es preciso acudir a la encarnación de Cristo para encontrar en ella su fundamento; pero es preciso acudir también a su Espíritu para comprender la raíz profunda por la que la Iglesia repite en analogía esas mismas estructuras. Sin esa visión apoyada en la encar-

11 Cf. Catequesis del 18 de octubre de 1972: IPVI 10 (1972) 1668.

12 Para ampliar y profundizar en estas ideas, cf. K. Rahner, 'Die Kirche als Ort der Sendung des Geistes', *Schriften zur Theologie* VIII (Einsiedeln 1966) 183-188.

13 Cf. Discurso *F ner noi*: AAS 69 (1977) 401-402.

nación y el Espíritu, es imposible analizar cada una de las dualidades.

Si es cierto todo lo que hemos dicho, si la dualidad de elementos eclesiales procede de Cristo tanto por ser su misma voluntad como por repetir sus mismas estructuras encarnatorias, es claro que en la Iglesia los dos elementos son esenciales y cualquier mirada que prescindiera de uno de ellos sería por necesidad parcial, incompleta y falsa. Por ello, no se puede contemplar la Iglesia deteniéndose en sus aspectos visibles, que ciertamente tiene, y prescindiendo de su finalidad y de lo que ellos significan<sup>14</sup>. Construir la Iglesia —un tema tan querido por Pablo VI y tan desarrollado en las catequesis de 1967—, implica construir comunidad tanto divina como humana<sup>15</sup>. Sería reduccionismo descuidar algún aspecto, actuar en uno sin tener repercusiones en el otro, absolutizar tanto los aspectos divinos como los humanos en la vida y en la acción. El peligro de hacerlo en el posconcilio encuentra continuamente en el papa una palabra de advertencia.

Porque lo que es cierto es que la Iglesia es una realidad compleja que solamente puede ser comprendida desde la totalidad de sus aspectos<sup>16</sup>. Y siempre existe el peligro de juzgarla desde el más visible o el más cercano. Pero lo visible y lo invisible, lo humano y lo divino, todas las dualidades que vamos a ver a continuación son esenciales en la Iglesia<sup>17</sup> porque en el sacramento no es separable lo que significa y lo que es significado. La concepción sacramental, a la que repetidamente hemos aludido, no permite hacer separaciones sin detrimento de la totalidad.

Por último, esa realidad íntima del misterio eclesial exige que sea amada la Iglesia en su totalidad, en su realidad mística y en su manifestación concreta terrena<sup>18</sup>. No

14 Cf. Carta *Les Semaines Sociales*: IPVI 13 (1975) 420-421.

15 En la catequesis del 18 de agosto de 1976, Pablo VI estudia las implicaciones de la comunión espiritual y la comunión visible. La comunión con Dios asume aspectos sociales concretos, el primero de los cuales es la comunidad. Cf. IPVI 14 (1976) 653-655.

16 Así lo recuerda Pablo VI a los periodistas extranjeros. Cf. Discurso *Siamo particolarmente*: AAS 68 (1976) 209.

17 Cf. H. de Lubac, *Paradoja y misterio de la Iglesia* (Salamanca 1967) aborda esta problemática de los aspectos diferentes como constitutivos del misterio y afirma que desde su unidad habría que eliminar muchas eclesiologías.

18 Cf. Catequesis del 12 de septiembre de 1973: IPVI 11 (1973) 826.

se puede optar en el amor por una de las partes sin que se deje en ese momento de amar a la Iglesia en cuanto tal. Esto no quiere decir que la Iglesia no sea reformable; el mismo paso del tiempo exige el cambio de sus estructuras, pero la misma reforma ha de tener siempre en cuenta las estructuras profundas. La esencia de la Iglesia no puede ser cambiada<sup>19</sup> mientras que continuamente han de ser perfeccionadas y purificadas sus manifestaciones.

Dicho esto, pasemos en concreto a los elementos dobles constitutivos de la realidad eclesial, procedentes de la encarnación, a los que Pablo VI dedica una atención especial.

### *La Iglesia visible e invisible*

Como hemos visto, la primera dualidad de la Iglesia, fruto de la encarnación de Cristo, es la de lo visible y lo invisible, la de su estructura significativa y visible en su relación con el Espíritu Santo presente y actuante en ella. Pablo VI habla del tema como uno de los más discutidos e importantes en la eclesiología de hoy:

«Uno de los problemas más vivamente discutido en nuestros días es precisamente el que trata de individuar la justa relación entre estructura visible, humana, sacramental de la Iglesia y el misterio del Espíritu, del que ella es signo e instrumento, y del que deriva nuestra vida cristiana»<sup>20</sup>.

El papa siempre habla de estos aspectos en su íntima unidad, aunque contra esta unidad han ido dirigidas últimamente las críticas más violentas. Desde los «críticos puritanos de la religión» que quisieran una Iglesia meramente espiritual e interior<sup>21</sup>, hasta los que pretenden una renovación de la Iglesia que la fuera liberando de los aspectos visibles<sup>22</sup>, lo cierto es que en los últimos años esta dualidad fruto de la encarnación ha sufrido los más duros ata-

19 Pablo VI habla de la reforma de la Iglesia y de cómo hay que reformar permaneciendo la Iglesia siempre idéntica en la catequesis del 11 de agosto de 1965: IPVI 3 (1965) 1006-1009.

20 Catequesis del 24 de noviembre de 1971: *Enseñanzas al Pueblo de Dios* (EPD) 9 (1971) 189.

21 Cf. Catequesis del 14 de septiembre de 1977: IPVI 15 (1977) 827

ques. El redescubrimiento del aspecto misterioso de la Iglesia y su aprobación oficial en el Vaticano II ha favorecido un movimiento pendular que últimamente se ha querido centrar en lo interior como único constitutivo de la realidad eclesial.

Pablo VI señala siempre el peligro intrínseco de esta tendencia, el de caer precisamente en lo mismo que critica, pues, al separar a la Iglesia de sus aspectos visibles e institucionales, es muy fácil querer construir una Iglesia producto única y exclusivamente de los hombres. El papa repite continuamente que la autenticidad de la Iglesia está en el equilibrio de lo visible y lo invisible, que todo intento de separación implica el peligro de hacer de la Iglesia un producto de la causalidad humana<sup>23</sup>. Quizá nadie mejor que Pablo VI ha sabido profundizar en el tema de estas relaciones y sacar de ellas consecuencias más concretas para la vida de la Iglesia.

Y para establecer esta profunda relación, Pablo VI parte del Vaticano II, del acontecimiento que en parte ha dado origen al problema, queriendo dar la interpretación auténtica de sus palabras. Realmente el Vaticano II se caracteriza por haber redescubierto a la Iglesia como misterio; concepción presente en la patristica, en la teología y el magisterio, pero concepción no tan desarrollada como los aspectos visibles y societarios que se afirmaron como respuesta al protestantismo<sup>24</sup>. El concilio redescubre el misterio, pero en profunda conexión con la visibilidad que lo significa y lo expresa. No se trata de optar ahora por la parte menos señalada, sino de integrar a ambas en una única unidad. Dentro de la descripción que la Iglesia hace de sí misma en los documentos conciliares y en el centro de las variadas imágenes que ha usado para ello, se ha destacado la definición de la Iglesia como comunión<sup>25</sup>. Pues bien, comunión es el término que mejor expresa esta dualidad de aspectos, ya que en él se significa

22 Cf. Catequesis del 15 de enero de 1975: IPVI 13 (1975) 57.

23 El tema de la relación entre lo visible y lo invisible en la construcción de la Iglesia y los peligros de una separación entre ambos elementos fue desarrollado en la catequesis del 8 de septiembre de 1976: IPVI 14 (1976) 695-698.

24 Cf. Catequesis del 26 de mayo de 1971: IPVI 9 (1971) 470.

25 Cf. Catequesis del 21 de julio de 1971: IPVI 9 (1971) 640.



tanto la interioridad de las relaciones con Cristo por el Espíritu, la animación espiritual, como la comunidad humana, la sociedad resultante de esos vínculos espirituales.

El Concilio ha adoptado la terminología y las ideas eclesiológicas de la teología de los últimos años para hablar de los dos elementos como esenciales al ser de la Iglesia<sup>26</sup>. No es que un elemento sea más importante que el otro, o que uno esté al servicio del otro; se dan unidos, uno en el otro. La visibilidad es algo más que el medio de la invisibilidad, más que una manifestación de lo invisible; es todo ello a la vez que comunión en sí misma. La espiritualidad llega a la visibilidad y la visibilidad a lo invisible. «Se puede decir que la Iglesia institución es al mismo tiempo intrínsecamente espiritual, sobrenatural»<sup>27</sup>. Y podríamos decir con la misma lógica que la Iglesia espiritual, presencia y acción del Espíritu, es a la vez intrínsecamente visible e institución.

Es más, todo esto se da por la lógica de la encarnación<sup>28</sup>. En caso contrario, la Iglesia se convertiría simplemente en una ideología. Ser Iglesia es algo más que pensar de un modo determinado o creer en una serie de verdades. Ser Iglesia implica la pertenencia a una sociedad visible, a una comunidad, a un Pueblo, el Pueblo de Dios. Y así, el bautismo hace simultáneamente del que lo recibe cristiano y miembro de la Iglesia<sup>29</sup>. Dentro de la concepción de Pablo VI no sería posible una cosa sin la otra. La lógica de la encarnación alcanza de lleno a la Iglesia. Y su constitución como cuerpo social orgánico responde en definitiva al designio salvífico de Dios que ha determinado

26 A este respecto, son interesantes las palabras de H. Küng: «No hay dos Iglesias, una visible y otra invisible. Tampoco puede decirse —con dualismo y espiritualismo platónicos— que la Iglesia visible (como material terrena) sea copia de la verdadera Iglesia que sería la invisible (como espiritual y celeste). Tampoco es cierto que lo invisible sea la esencia, y lo visible sólo la forma de la Iglesia. No, la Iglesia una es siempre, a par, visible e invisible en su esencia y en su forma. La Iglesia creída es, consiguientemente, una sola Iglesia: invisible en lo visible, acaso mejor una Iglesia oculta en lo visible. Esta Iglesia cree y es creída». *La Iglesia*, 4 ed. (Barcelona 1975) 53.

27 Discurso *Vi accogliamo*: IPVI 11 (1973) 849.

28 Estas ideas están desarrolladas en la catequesis del 10 de noviembre de 1971. Cf. IPVI 9 (1971) 886-887.

29 Cf. Catequesis del 15 de mayo de 1974: IPVI 12 (1974) 422-423.

salvar visiblemente<sup>30</sup>, con lo que toda concepción meramente espiritualista de la Iglesia queda fuera realmente de la economía salvífica. Se trata de algo más que de estructuras temporales e históricas; se trata del plan de Dios que salva en la visibilidad de la humanidad del Hijo.

El designio salvador de Dios es quien ha hecho que la salvación se transmita exteriormente, a través del hombre. Dios, que ha sido totalmente libre y ha llevado la total iniciativa a la hora de salvar al hombre, ha querido atarse al hombre para que esta salvación sea posible<sup>31</sup>. Es verdad que la salvación es de Dios, es obra de su Espíritu, pero no es menos cierto que llega a través de vías externas guiadas por este mismo Espíritu<sup>32</sup>. La Iglesia, con su institución y su visibilidad, entra por tanto a formar parte del plan salvador de Dios que, manifestado y realizado en la encarnación de Cristo, continúa presente y operante en medio de los hombres.

El resultado de lo que hemos dicho es la unidad. La unidad interna en el Espíritu se traduce y se significa exteriormente en la unidad de estructuras<sup>33</sup>. Y la comunión es la realiad única que, tanto como comunión de los santos como comunión católica, abraza todos los aspectos de la Iglesia en una sola unidad<sup>34</sup>. Esto nos hace pensar en la dependencia mutua de lo interno y lo externo, en la gran responsabilidad que la Iglesia tiene también a la hora de actuar externamente, de crear estructuras comunionales, de significar la comunión, pues no cabe duda de que las deficiencias externas, por las mismas razones que hemos dado, pueden tener grandes consecuencias internas<sup>35</sup>. En definitiva, lo interno y lo externo pertenecen por

30 Cf. Discurso *La ringraziamo*: AAS 62 (1970) 108.

31 Cf. Catequesis del 6 de agosto de 1969: IPVI 7 (1969) 610-611.

32 Cf. Catequesis del 25 de mayo de 1977: IPVI 15 (1977) 519.

33 Pablo VI dedica a este tema la catequesis del 31 de marzo de 1976. En ella habla de que la unidad interna en el Espíritu se manifiesta en la unidad externa de estructuras y de que el concepto de cuerpo místico reúne ambas realidades. Contra esta unidad existe el peligro de atomizar la Iglesia en pequeños grupos y el de acentuar la individualidad frente a la jerarquía. Cf. IPVI 14 (1976) 207-210.

34 Cf. Catequesis del 28 de julio de 1976: IPVI 14 (1976) 615-616.

35 El tema ha sido desarrollado en el pontificado de Pablo VI más que el contrario. Pero, si de una insuficiente visión interna se derivan peligrosas consecuencias externas, indudablemente de deficientes

igual al misterio eclesial y se manifiestan en la unicidad y en la unidad de la Iglesia. Podemos concluir con las mismas palabras de Pablo VI: «Si la Iglesia no es interiormente una, en su misterio que le hace vivir de Cristo, y unida en su organización social y estructural, que la hace místico y visible cuerpo de Cristo, no es Iglesia»<sup>36</sup>.

### *La Iglesia del ministerio y del carisma*

Las críticas y las disociaciones más fuertes quizá en el tiempo posconciliar han sido aquellas que se referían al tema del ministerio y el carisma. Se trata del mismo problema al que hemos aludido, pero ahora centrado en otra dualidad en la que se concretan los aspectos externos e internos. Pablo VI se lo recordaba así en Bogotá a la asamblea general de los obispos del CELAM:

«El otro punto doctrinal se refiere a la Iglesia institucional, confrontada con otra presunta Iglesia llamada carismática, como si la primera, comunitaria y jerárquica, visible y responsable, organizada y disciplinada, apostólica y sacramental, fuese una expresión del cristianismo ya superada, mientras que la otra, espontánea y espiritual, sería capaz de interpretar el cristianismo para el hombre adulto de la civilización contemporánea y responder a los problemas urgentes y reales de nuestro tiempo»<sup>37</sup>.

Se trata, por tanto, de querer superar la institución ministerial como un signo de madurez en la Iglesia. El ministerio es concebido como algo accidental, apoyo y guía de unos cristianos inmaduros, pero eliminable en la mayoría de edad. El ministerio sería extrínseco a la Iglesia que en realidad es movida e impulsada por el Espíritu que se ma-

estructuras externas se deduce un resquebrajamiento de la interioridad. «De hecho, no cabe separar a la Iglesia en cuanto signo y realidad visible de la Iglesia que se realiza en la intimidad creyente de los hombres que pertenecen a ella. Por eso no podemos considerar tampoco las estructuras deficientes de la vida eclesial externa sin atender también a sus efectos en la intimidad de los creyentes, o viceversa». O. Semmelroht, 'La Iglesia como sacramento de salvación', *Mysterium Salutis* IV/1, 352.

<sup>36</sup> Catequesis del 28 de enero de 1976: IPVI 14 (1976) 63.

<sup>37</sup> Alocución *Benedicamus Domino*: AAS 60 (1968) 644.

nifiesta en la comunidad de los fieles. Se establece así un enfrentamiento entre el ministerio con todo lo que él supone y el Espíritu Santo que se manifiesta en la Iglesia en contra de ese ministerio.

En realidad, esta postura en el interior de la misma Iglesia atenta contra ella porque, además de ser totalmente contraria a la tradición, va contra el concepto mismo de Iglesia católica y contra la misma misión del Espíritu dentro de ella<sup>38</sup>. Concebir el ministerio como algo extrínseco, prescindir de la visibilidad, enfrentar a estos aspectos institucionales el Espíritu Santo es ignorar en qué consiste el misterio de la Iglesia<sup>39</sup>. Una jerarquía vista sin la óptica del Espíritu, o separada del misterio de la Iglesia en cuanto tal, deja de responder inmediatamente a lo que realmente es. No se puede hacer una disociación ministerio-Iglesia, como más de una vez se ha hecho<sup>40</sup>, para estudiar el ministerio. Si el ministerio es de la Iglesia y para la Iglesia, solamente se puede reflexionar sobre él desde la óptica de todo el misterio eclesial, desde lo que la Iglesia es y está llamada a ser.

Desde esa visión global de todo el misterio eclesial es donde Pablo VI reflexiona sobre el ministerio. Dentro de la lógica de la encarnación, el ministerio, la sucesión apostólica, pertenecen a la visibilidad de la Iglesia, pero como fruto y manifestación de su invisibilidad. No es algo añadido, sino que brota de su mismo misterio<sup>41</sup>. No está por encima ni fuera de la Iglesia, sino como elemento que la constituye. No está enfrentado al Espíritu, sino que es cauce visible para su actuación. Por ello, antes que cualquier otra cosa, el ministerio es servicio; servicio al Espíritu que guía a la Iglesia y servicio a la entera comunidad eclesial; es expresión de la caridad.

38 Cf. Catequesis del 17 de mayo de 1972: IPVI 10 (1972) 510.

39 Cf. Angelus del 11 de junio de 1972: IPVI 10 (1972) 624.

40 Un ejemplo de estas concepciones lo podemos encontrar en el artículo de G. Hasenhüttl, 'Iglesia e Institución', *Concilium* 91 (1974) 18-28. Una visión como la suya que prescinde o, al menos, omite todo elemento trascendente o sacramental en la concepción de institución, ciertamente no responde a lo que en la Iglesia significa y es la institución.

41 Así lo recuerda Pablo VI a los obispos de Estados Unidos reunidos en Roma en la homilía *We repeat the greeting*: AAS 66 (1974) 545-549.

El ministerio apostólico procede de la encarnación de Cristo y de la misión del Espíritu Santo. A la misión del Hijo, misión encarnada, sucede una misión del Espíritu que, a través del ministerio instituido por el mismo Cristo, actúa valiéndose de él como canal distribuidor de la fe y la gracia, como instrumento edificador de la Iglesia<sup>42</sup>. De este modo, ministerio y Espíritu no son separables; todo lo contrario, el ministerio existe porque el Espíritu ha sido dado y el Espíritu encuentra en el misterio cauce visible para su misión en la Iglesia. Es verdad que no es solamente ésta la acción del Espíritu, porque no puede ser encerrada exclusivamente en los límites jerárquicos; el Espíritu ha sido dado también a cada cristiano en su bautismo, el Espíritu hace de cada cristiano templo de Dios, el Espíritu construye la unidad en la Iglesia, el Espíritu nos comunica con Cristo y entre nosotros. Pero es el mismo Espíritu que actúa a través de la sucesión apostólica y, por ello, la Iglesia es a la vez jerárquica y comunitaria<sup>43</sup>. La consecuencia es clara: si tanto la comunión como el ministerio son frutos del mismo Espíritu, no se pueden dar separadamente ni en contraposición. No puede haber una Iglesia cuya comunión prescindiera del elemento jerárquico, ni puede haber un ministerio cuya misión no sea la comunión de la Iglesia. El ministerio está al servicio de la comunión, pero es también el vehículo de Cristo para crearla; la comunión es fruto de la acción del Espíritu que se manifiesta en el ministerio, pero es también fuente y misión para el ministerio.

Solamente en la acción del mismo Espíritu puede desaparecer la tensión ministerio-comunidad; y esta acción debe ser siempre comprendida desde las estructuras encarnatorias de la acción salvadora de Dios entre los hombres manifestada en la misión del Hijo que perdura en la Iglesia.

De ahí que Pablo VI insista con frecuencia en que el Espíritu no es separable de la jerarquía, ni tampoco las actuaciones del Espíritu a otros niveles de las actuaciones a través del ministerio. No hay una actuación carismática auténtica que pueda prescindir del vehículo fijado por

42 Cf. Catequesis del 14 de octubre de 1970: IPVI 8 (1970) 1030-1031.

43 La homilía *Figli carissimi* en la fiesta de Pentecostés de 1969 desarrolla estos temas. Cf. IPVI 7 (1969) 306-310.

Cristo para la actuación institucional de su Espíritu <sup>44</sup>. Uno es, pues, el origen tanto del ministerio como del carisma: el Espíritu Santo. Y de la misma manera que el Espíritu es el mismo origen, también único es el destino de sus actuaciones: la Iglesia. En la única Iglesia, para la única Iglesia, el Espíritu actúa a través del ministerio y el Espíritu concede y reparte sus gracias a los cristianos <sup>45</sup> de modo que no se puede hablar de Iglesias distintas, de Iglesia del ministerio e Iglesia del carisma. Hay un solo Espíritu que construye una única Iglesia y, para esta construcción, actúa institucionalmente por medio del magisterio y carismáticamente por medio de sus gracias. Pero institución y carisma se encuentran en el origen y se encuentran en el fin y, cuando esto no es así, hay algo que no procede del Espíritu y comienza a originar divisiones en la Iglesia.

En definitiva, una vez más hay que baasar la dualidad en el hecho de la encarnación y en la misión de Cristo que la Iglesia ha de continuar. El hecho de la existencia de un canal visible e institucional para la acción del Espíritu depende de la misión: Cristo se encarnó en una naturaleza humana, el Espíritu continúa su misión mediante una visibilidad jerárquica <sup>46</sup>. Querer establecer una lejanía entre el Espíritu y la jerarquía supone desconocer los desig-nios de salvación de Dios. Ahora bien, ya que entre encarnación e Iglesia se da una tensión analógica y el Espíritu no se une hipostáticamente con las personas de la Iglesia, puede surgir la tensión y puede aparecer el pecado de los hombres en vez de la acción del Espíritu <sup>47</sup>. Es el problema y el escándalo, a la vez que la grandeza, de la Iglesia. Dios actúa a través de la pequeñez humana.

### *La Iglesia del derecho y del amor*

Por último, otro de los dualismos que hay que integrar en la unidad es el de la Iglesia del derecho y la Iglesia del amor. Quizá en la práctica este dualismo es el que con-

44 Cf. Catequesis del 26 de mayo de 1971: IPVI 9 (1971) 472.

45 Cf. Catequesis del 29 de agosto de 1973: IPVI 11 (1973) 804.

46 Cf. Discurso *Vi accogliamo*: IPVI 11 (1973) 851.

47 W. Beinert, 'El sentido de la Iglesia', *Mysterium Salutis* IV/1, 307-309, analiza cómo el ministerio apostólico está unido a un carácter a veces demasiado humano en la Iglesia, pero necesario y esencial igualmente para el desenvolvimiento de su misión.

tiene la mayor problemática, ya que en él se concentra la mayoría de tensiones originadas por los restantes. Para Pablo VI ha sido un tema que ha gozado de gran importancia en su magisterio. Ya hemos citado varios textos en los que el tema del derecho era central. Ahora los completaremos con algunos otros. Comencemos por decir que sus palabras son las más profundas que hemos encontrado en el magisterio sobre el tema y que, desde los textos que analizan lo que el derecho es hasta aquellos en que se pide su renovación y se dan las orientaciones para ella, el tema cristológico está plenamente presente y desde él se aborda la problemática.

Por supuesto, el papa conoce la contestación al derecho on la Iglesia del posconcilio, sabe que todo el resto de tensiones acaba en ésta y que, en nombre del Espíritu, la libertad y el carisma, se afirma en la Iglesia una libertad contra la ley, contra la autoridad y contra el ejercicio de la potestad jurídica<sup>48</sup>. Por eso, sus palabras una vez más serán de unión y relación entre los aspectos invisibles y visibles, en este caso el derecho. Nunca sus palabras suponen una absolutización del derecho; todo lo contrario, relativizan el derecho a ser servicio a la caridad y a la comunidad. Es precisamente la invisibilidad quien necesita el servicio del derecho, la comunidad quien necesita el servicio de la ley. El derecho en la Iglesia no es absoluto; está al servicio de toda la misión<sup>49</sup>. De ahí que el derecho tenga también que ser iluminado por las realidades más profundas del misterio eclesial.

En primer lugar, el derecho ha de ser visto desde la sacramentalidad de la Iglesia. Su ser sacramental le atañe de lleno y él mismo participa de su naturaleza. Así lo reconoce Pablo VI ante el tribunal de la Rota Romana:

«La comunión de la Iglesia, como ya dijimos, está dotada de una estructura jurídica, más aún, necesita de ella; pero tal estructura jurídica es absolutamente pe-

48 Pablo VI analiza este momento eclesial de desvalorización del derecho en el discurso *Siamo lieti* al tribunal de la Rota. Así mismo muestra las contradicciones de dichas acusaciones: AAS 62 (1970) 111-118.

49 En el discurso *E per Noi*, también al tribunal de la Rota, el tema se centra en el servicio del derecho. Cf. AAS 64 (1972) 202-205.

culiar, pues participa de la naturaleza sacramental de la Iglesia»<sup>50</sup>.

Esto es, es la comunión quien necesita del derecho, pero este servicio solamente es auténtico si participa de la naturaleza sacramental de toda la Iglesia. Dentro de la eclesiología conciliar, también el derecho tiene su fundamento en Cristo, es signo e instrumento de salvación<sup>51</sup>. Goza de todas las características, y también de todas las exigencias, que tiene lo visible y sensible en la Iglesia. Por ello, el derecho en la Iglesia se diferencia del derecho en la sociedad civil. Hay algo más que la garantía del cumplimiento de la ley o el ejercicio de la autoridad, o incluso el bien común. En la Iglesia el derecho es sacramental, está al servicio de lo invisible y tiene la tarea de crear y salvaguardar la comunión. Solamente desde esta tarea sacramental el derecho es realmente derecho de la Iglesia y no va contra la caridad, sino que está a su servicio.

Por otra parte, el derecho está unido a la estructura jerárquica de la Iglesia. De ahí que el derecho sea en su origen escatológico y pneumatológico<sup>52</sup>; y atentar contra él suponga atentar contra la misma unidad de la Iglesia. Todo lo que hemos dicho de la jerarquía como servicio a la comunión es perfectamente aplicable a la fundamentación del derecho.

Y todo ello, en último término, es así porque el derecho tiene que ser visto desde la invisibilidad del Espíritu Santo en la Iglesia. El es quien conduce a la Iglesia por el camino de la salvación, quien da la vida de la gracia por la que los cristianos entran a participar de la vida divina, quien confiere a los elementos estructurales de la Iglesia una finalidad salvífica<sup>53</sup>. Entre ellos, también el

50 Discurso *lucundus est*: AAS 69 (1977) 149.

51 «Se il Diritto Canonico ha il suo fondamento in Cristo, Verbo Incarnato, e per tanto ha valore *di segno e di strumento di salvezza*, ciò avviene per opera dello Spirito che gli conferisce forza e vigore; bisogna dunque che esso esprima la vita dello Spirito, produca i frutti dello Spirito, riveli l'immagine di Cristo. Per questo è un diritto gerarchico, un vincolo di comunione, un diritto missionario, uno *strumento di grazia*, un diritto della Chiesa». Discurso *Vivissima gioia*: AAS 65 (1973) 98. (Los subrayados son nuestros).

52 Cf. Catequesis del 4 de agosto de 1976: IPVI 14 (1976) 626.

53 Cf. Discurso *Vi accogliamo*: IPVI 11 (1973) 849.



derecho es vivificado por el Espíritu, está ordenado a la salvación del hombre y hace posible la comunión. El Espíritu, Espíritu de unidad, armoniza en la Iglesia todas las funciones de modo que, subordinadas todas al fin principal de la Iglesia, puedan todas coexistir y colaborar a su finalidad<sup>54</sup>. Con ello volvemos a decir que la comunión es fruto del Espíritu y el derecho, vivificado por El, la busca, la promueve y la significa. No es posible entonces que, si el derecho está animado por el Espíritu de Cristo, pueda ser contrapuesto al amor y a la comunión, fruto último de la acción del Espíritu en la Iglesia. La invisibilidad es así una vez más quien exige las estructuras visibles, quien las fundamenta y quien hace de ellas un signo sacramental.

Si todo esto es así, no sólo hay que ver el derecho con ojos nuevos, sino que el mismo misterio de la Iglesia impone al derecho las exigencias de su ser sacramental. Ello ha hecho que la eclesiología del Vaticano II haya exigido una revisión del derecho en la Iglesia que Pablo VI no vio terminada y que actualmente hemos visto concluir. Pero indudablemente Pablo VI ha sido su gran animador e impulsor. El ha plasmado en exigencias para el derecho su visión nueva; exigencias de que lo exterior y jurídico en la Iglesia estén al servicio de la vida interior, del misterio del Espíritu<sup>55</sup>; exigencias de que sea pastoral y sacramental, expresando así como estructura visible la vida del Espíritu y la imagen de Cristo<sup>56</sup>; exigencias, en definitiva, de que el derecho brote de la esencia misma de la Iglesia, de la comunión:

«Esta nos parece ser la novedad que entra hoy en el estudio y en la formulación del Derecho Canónico; novedad de la que surge la revisión del código vigente. Y no se trata ya, como ha ocurrido casi siempre en la historia del derecho, cuando nacieron las grandes compilaciones jurídicas, de un fin eminentemente práctico, *ad communem et maxime studentium utilitatem* (...), sino de hacer derivar la ley canónica de la misma esencia de la Iglesia de Dios, para la cual la ley nueva y original, la evangélica, es el amor, es la *gratia Spiritus*

54 Cf. *ibid.*, 853.

55 Cf. Discurso *lucundus est*: AAS 69 (1977) 148-149.

56 Es el tema del discurso *Dilatato Corde*: AAS 69 (1977) 208-212.

*Sancti, quae datur per fidem Christi* (S. Th., I-II, 106, 1 y 108, 1). De forma que si éste es el principio interno que guía a la Iglesia en su actividad, debería manifestarse cada vez más en su disciplina visible, externa y social, con consecuencias que ahora son más difíciles de entrever que de decir»<sup>57</sup>.

Es la misma concepción sacramental, que brota de la encarnación de Cristo la que últimamente justifica el derecho y lo explica desde la comunión.

#### D) *La Iglesia da sentido al hombre*

Hasta ahora hemos visto como en Pablo VI el ser de la Iglesia se relaciona con el hecho de la encarnación de Cristo. La Iglesia en su ser tiene estructuras encarnatorias porque, de alguna manera, es continuación de la encarnación de Cristo o, mejor dicho, su misión le impone esas estructuras para poder continuar la misión de Cristo. Una vez que hemos analizado el ser, pasemos al campo del obrar. Analicemos en su pontificado cómo el ser y la misión de la Iglesia tienen que ver profundamente con el hombre. El ser de la Iglesia es para el hombre y la misión de la Iglesia es el hombre.

Si hemos entendido el ser de la Iglesia desde la encarnación de Cristo, indudablemente hemos de entender también desde ella su actuación. Si la encarnación establece una nueva relación entre Dios y el hombre, buscamos ahora el pontificado de Pablo VI aquellas afirmaciones que nos clarifiquen el sentido que la Iglesia desde la encarnación da al hombre y al mundo.

#### *La humanidad de Cristo es la auténtica humanidad*

La Iglesia puede hablar de un sentido del ser humano y de un sentido de la humanidad, puede ofrecer este sentido a los hombres hoy y siempre porque tiene un convencimiento de base: en la encarnación de Cristo se dio el auténtico sentido al hombre porque Cristo es el hombre auténtico; en El se reveló qué es el hombre y qué está

57 Discurso *La ringraziamo*: AAS 62 (1970) 109.

llamado a ser, cómo realizar plenamente su humanidad, cuáles son los valores por los que él puede luchar y con los que se puede construir. Su humanidad es novedad en el mundo. La Iglesia anuncia esa encarnación, trabaja por el hombre nuevo a imagen de Cristo y comienza ella a ser la nueva humanidad.

En Cristo han culminado dos caminos que lo convierten en auténtico hombre, en el grado supremo de humanidad: el camino descendente de Dios que baja de su trascendencia para iluminar al hombre y el camino ascendente del hombre que busca a Dios para encontrar su sentido<sup>58</sup>. En Él, Dios y hombre, el hombre encuentra que su plenitud, su salvación, no es algo que pueda lograr por sus propias fuerzas, sino que es dada por Dios que sale a su encuentro. En Cristo el hombre encuentra respuesta a su incapacidad radical de ser salvado por sus propias fuerzas, incapacidad experimentada con dolor en su propia vida, y encuentra la mano cercana tendida a él en su propia humanidad<sup>59</sup>. Porque Dios se ha hecho hombre en Jesús, el hombre ha entendido su palabra en su propio lenguaje y ha podido comprender la salvación que se le ofrecía porque se le ha hecho cercana en su misma humanidad.

La Iglesia anuncia y ofrece a los hombres la humanidad de Cristo, el sentido profundo de todo hombre. En Cristo está el humanismo radical que la Iglesia ofrece a los hombres, la imagen de hombre que es imposible alcanzar por otros medios. De ahí que todo aquel que se cierre a Cristo, se está cerrando a una posibilidad de ser hombre en plenitud:

«Hoy se habla del humanismo. Este sería el término moderno en el que se resuelve el cristianismo. Hoy se quiere celebrar el nacimiento del hombre, no del Verbo que se ha hecho carne, no de Jesús que ha venido a nosotros, como Salvador, Maestro y Hermano; del hombre que se salva por la sabiduría y fuerza propias, del hombre principio y fin de sí mismo. He aquí, hijos y hermanos, todo lo que os debemos decir en este feli-

58 Cf. Radiomensaje *A tutti i nostri*: AAS 58 (1966) 90-91.

59 Cf. Mensaje de Navidad *Noi Paolo*: AAS 61 (1969) 56-57.

císimo día: un humanismo auténtico no existe sin Cristo. Suplicamos a Dios y rogamos a todos vosotros, hombres de nuestro tiempo, que os ahorréis la experiencia fatal de un humanismo sin Cristo. Sería suficiente una somera reflexión sobre la experiencia histórica de ayer y de hoy para convencerse que las virtudes humanas, desarrolladas sin el carisma cristiano, pueden degenerar en vicios que las contradicen»<sup>60</sup>.

El papa apela a la experiencia histórica más que a razonamientos intelectuales para probar la verdad de sus palabras y anunciar en Cristo el sentido más profundo y auténtico de humanidad.

Jesús responde con su humanidad a las más hondas aspiraciones humanas. Por ello, se ha convertido en el centro de la humanidad de tal manera que se puede discernir lo que es humanidad auténtica por referencia a El. Es más, gracias al misterio de su persona, gracias a la encarnación, en su humanidad el hombre ha podido conocer lo que Dios quiere que sea realmente un hombre<sup>61</sup>; su humanidad es revelación de Dios. De este modo, en Cristo Dios y hombre se dan la mano de una manera plena. El misterio de la encarnación no está sólo en que Cristo sea verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, sino en que, gracias a ello, la auténtica humanidad se ha convertido en revelación de Dios<sup>62</sup>. El hombre en Cristo ha adquirido una nueva dimensión, el ser signo, revelación de Dios. La encarnación de Cristo ha elevado, por tanto, el significado y el sentido de la humanidad. Un hombre, Cristo, ha sido la última palabra de Dios; su humanidad ha sido la revelación plena de lo que Dios es. Toda humanidad que sea como la suya es signo de Dios.

60 Mensaje de Navidad *Salute a voi*: AAS 62 (1970) 64-65.

61 Cf. Catequesis del 3 de febrero de 1965: IPVI 3 (1965) 848.

62 J. Galot, *Cristo contestato* (Florenca 1979) 215 nos expresa las mismas ideas con estas palabras: «Noi verifichiamo così il principio che caratterizza il rapporto d'espressione. Gesù non deve essere meno uomo per fare emergere la sua divinità; più si comporta da uomo vero, più manifesta Dio».

La rivelazione della divinità non deve essere ricercata in contrasto con l'umanità di Gesù, ma in questa umanità stessa. Gesù esprime la parola di Dio col suo linguaggio umano e compie i gesti di Dio col suo comportamento d'uomo».

La humanidad de Cristo es revelación de Dios porque Dios se ha manifestado en ella, ha coincidido con ella en la unidad hipostática de la encarnación. Todas las palabras de Cristo son revelación. En el amor de Cristo al hombre hemos conocido cómo ama Dios, en la dignidad dada por Cristo al hombre hemos sabido lo digno que es para Dios el hombre, lo que piensa del hombre Cristo es lo que piensa Dios. De ahí que el misterio de la encarnación rompa los límites de la humanidad de Cristo para ser revelación ante todos los hombres de que Dios los ama, de que la salvación está abierta para ellos. La encarnación es un misterio que, partiendo de Cristo, llega a toda la humanidad<sup>63</sup>. Por ello, el mismo hecho de la encarnación es en sí mismo ya salvífico y abraza a toda la humanidad<sup>64</sup>. La encarnación en cuanto tal ya es salvación, porque Dios se ha comprometido con la humanidad, y una mirada a la encarnación de Cristo implica una mirada a la humanidad y a la imagen de hombre que ella ha desvelado.

Es, por tanto, la encarnación de Cristo un hecho que alcanza a toda la humanidad, y la alcanza a tres niveles. En Cristo la humanidad ha llegado a su grado más alto; Cristo se ha convertido en modelo de perfección para todo hombre; y, por último, su encarnación es fuente de salvación para la humanidad que, sin El, no podría ser salvada<sup>65</sup>. Vista así la humanidad de Cristo, El es cabeza y principio de la nueva y auténtica humanidad que de El procede y viene por El. Su encarnación en el mundo ha sido transformadora del ser humano en cuanto tal, en todo tiempo y lugar, de todo ser humano. Todo hombre que viene a este mundo tiene una referencia a Cristo, su humanidad está llamada a ser expresión y revelación de Dios, su humanidad está llamada a ser humanidad de Cristo<sup>66</sup>, nueva humanidad. Sin Cristo, al hombre le faltaría su sentido más profundo, la humanidad estaría privada de su pieza clave, no sería auténtica humanidad.

63 Cf. Mensaje de Navidad *Noi Paolo*: AAS 61 (1969) 57-58.

64 J. Alfaro ha desarrollado este aspecto social salvífico de la encarnación, englobante de toda la humanidad, en su artículo 'Cristo, Sacramento de Dios Padre: La Iglesia, Sacramento de Cristo Glorificado', *Gregorianum* 48 (1967) 5-27. Cf. especialmente pág. 9.

65 Cf. Catequesis del 23 de noviembre de 1966: IPVI 4 (1966) 913.

66 Cf. Catequesis del 17 de diciembre de 1969: IPVI 7 (1969) 808.

Si Dios se ha hecho hombre, ha sido para dar una nueva visión del hombre. Su existencia humana solamente tiene sentido dentro de la comunidad de los hombres que queda transformada por lo que Cristo es. Si el Hijo se ha hecho hombre, los hombres se han hecho hijos por la comunidad de destino con El<sup>67</sup>. Esta visión de humanidad del Hijo, de la comunidad humana transformada por la encarnación y de la encarnación como acontecimiento que desborda al propio Jesús para convertirse en acontecimiento de toda humanidad, aparece con frecuencia en el magisterio de Pablo VI.

Y aparece también ligada a la Iglesia que anuncia a los hombres el sentido nuevo de su humanidad y está al servicio de ella. La Iglesia encierra la nueva humanidad de Cristo y la ofrece a todo hombre, sin imposiciones y sin violencias, desde su pequeñez y debilidad, pero con la certeza y la fuerza que le da la humanidad de Cristo ahora resucitada y convertida en fuente de toda salvación<sup>68</sup>. La Iglesia es, por tanto, portadora del sentido último del hombre, servidora del hombre, fermento de una nueva humanidad y presencia ya ahora entre los hombres de esa humanidad nueva.

### *La Iglesia descubre el sentido último del hombre*

Cuando en octubre de 1965 Pablo VI visita la sede de las Naciones Unidas y se dirige a la asamblea general, presenta su mensaje como algo que tiene por destinataria a toda la humanidad:

«Vosotros sabéis bien quién somos. Y sea cual sea vuestra opinión sobre el Pontífice de Roma, conocéis nuestra misión: somos portadores de un mensaje para toda la humanidad (...). Dejados deciros que tenemos para todos vosotros un mensaje, sí, un feliz mensaje para entregar a cada uno de vosotros»<sup>69</sup>.

67 «Por su auténtico «ser hombre» el Hijo de Dios queda vinculado con toda la comunidad humana; su existencia no tiene sentido sino dentro de la totalidad de la humanidad. Por eso en la Encarnación Dios se hace Padre de los hombres en Cristo». Alfaro, loc. cit.

68 Cf. Mensaje Pascual *Quale altro saluto*: IPVI 8 (1970) 246.

69 Discurso a la ONU *Au moment*: AAS 57 (1965) 878.

Realmente Pablo VI es consciente de que tanto su mensaje com el de la Iglesia entera está dirigido a todos los hombres y a todos los pueblos. La misión de Cristo era para todos; la de la Iglesia también. Su mensaje lo ha recibido para ofrecerlo y su razón de ser es servir de intermediaria entre Dios y todo hombre. Y el mensaje que ha de dar es gozoso. Si, como hemos visto, la misión de Cristo daba un sentido de plenitud a la humanidad, su anuncio es realmente una buena noticia para el hombre.

Desde la visión de la encarnación que hemos analizado, la primera relación de la Iglesia con el hombre y con el mundo ha de ser la del anuncio gozoso; por ello, la Iglesia mira al mundo con optimismo y amor. Pablo VI hace suya la visión de la humanidad que ha tenido el Concilio y, aun reconociendo el mal y el pecado de los hombres, habla del optimismo en la creación y en la humanidad, el optimismo propio de quien ve el mundo desde la creación de Dios y desde la redención de Cristo<sup>70</sup>. El hombre desde Cristo solamente puede ser visto en sus grandes valores, en la dignidad del Hijo; así tiene que ser visto por la Iglesia que ha de ser aliento y esperanza en el camino de la humanidad.

Quizá este anuncio gozoso es hoy más necesario que nunca porque el hombre está perdiendo precisamente humanidad. El mundo actual, con sus problemas y sus experiencias, está haciendo que el hombre olvide lo que es y lo que significa. Este hombre necesita una luz que le de una visión totalizadora de toda la realidad y no la encuentra. La luz de Cristo es hoy necesaria en nuestro mundo<sup>71</sup>. La Iglesia, portadora de esa luz, ha de ser hoy la respuesta para el hombre a sus inquietudes y a sus interrogantes más profundos. El Cristo, portador de sentido para el hombre, ha de responder al hombre de hoy por su Iglesia.

Se crea así, de nuevo, la relación Iglesia-Cristo en el actuar de la Iglesia. Su principal tarea es la de anunciar a Cristo y, desde El, dar una respuesta a los hombres de nuestro tiempo y de todo tiempo; de este modo, la Iglesia puede responder al sentido último del hombre. En realidad, su anuncio es repetición del gran anuncio de Cristo y

70 Cf. Discurso *Le Siamo*: AAS 58 (1966) 150.

71 Cf. Mensaje pascual *Risuoni ancora*: AAS 56 (1964) 394.

en El está la esperanza de la humanidad<sup>72</sup>. La Iglesia es el canal principal por el que llega a todos los hombres la doctrina de Cristo, doctrina de dignidad humana y de hermandad universal, doctrina que convierte a todo hombre en ser sagrado, doctrina que se basa fundamentalmente sobre el mandamiento del amor<sup>73</sup>. La Iglesia es, así, la voz que repite a lo largo de la historia y a lo ancho del mundo la palabra de Cristo sobre qué es el hombre, cuál es su destino y qué está llamado a ser.

Pero no se trata solamente del anuncio o del mensaje que permanece fuera del que lo anuncia. La Iglesia es más que un altavoz de la palabra de Cristo para dar sentido a la humanidad. Si, como hemos visto, la encarnación de Cristo tiene que ver con todo hombre, si su vida está ligada a la vida de todos y en ella se ofrece la salvación, la Iglesia es el lugar donde esa salvación se hace presente, donde el sentido nuevo de la vida humana se vive y se manifiesta, donde la vida nueva de Cristo comienza a ser vivida y participada por el hombre. No se trata, por tanto, de anunciar extrínsecamente la salvación, sino también de portarla y hacerla efectiva en el anuncio. Sólo así es verdadera la redención; solamente podemos hablar de una vida de Cristo para los hombres, de una redención para todos, de una pascua universal, cuando efectiva y realmente el hombre, todo hombre, es destinatario y es renovado por esa vida<sup>74</sup>. Por ello hay que afirmar que el misterio pascual de Cristo culmina con su Iglesia, que la Iglesia entra a formar parte de su acontecimiento completo.

Tanto Cristo como su Iglesia no se mueven a un nivel intelectual, a un nivel de ideologías. Se mueven al nivel de una vida que, además de realizar plenamente al hombre, es capaz de transformar el mundo y las relaciones humanas. En Cristo, el hombre se ha hecho hijo; sobre los horizontes de su humanidad ha aparecido la paternidad de Dios y la hermandad de los hombres<sup>75</sup>. Y en esto está fundamentalmente el sentido profundo de la vida humana

72 Cf. Mensaje de Navidad *Noio Paolo*: AAS 61 (1969) 54.

73 Cf. Discurso *Ecco il Natale*: AAS 61 (1969) 58-59.

74 Cf. Catequesis del 1 de abril de 1970: IPVI 8 (1970) 252.

75 Cf. Catequesis del 1 de febrero de 1967: IPVI 5 (1967) 686.



que la Iglesia ofrece: en la vida que se nos ha dado en Cristo, el hombre se ha introducido en la vida divina comprendiendo que ser hombre es ser hijo y comprometer la vida por la fraternidad real de todos.

Siendo éste el sentido que la Iglesia da al hombre y a la humanidad, su mensaje no puede ser uno más entre tantos y su difusión indiferente para la marcha del mundo. La tarea de la Iglesia y el anuncio del Evangelio están marcados por una necesaria urgencia. Todo aquel que posee el verdadero sentido de la vida humana, descubierto por la revelación de Cristo, está obligado a comunicarlo, pues la misma extensión a todos los hombres entra a formar parte de su esencia<sup>76</sup>. El mensaje y la vida que la Iglesia tiene para los hombres la convierten en misionera desde sus más profundas raíces.

Dicho todo esto, quizá es importante poder deslindar el sentido humano que, proveniente de Cristo, da la Iglesia de otros sentidos que nuestro mundo ofrece. Lo primero que habrá que decir es que la visión de la Iglesia sobre el hombre se centra precisamente en su humanidad y no en su actividad. De la visión humana se pueden derivar acciones, pero ellas no son realmente el objetivo de la Iglesia, aunque sean consecuencia inmediata o a veces sean necesarias para poder dar un verdadero sentido a la humanidad<sup>77</sup>. La tarea de la Iglesia es el ser humano en cuanto tal; a él ha de dar un sentido y un significado que sin duda será el punto de apoyo y el origen de todas sus acciones.

Dentro de esta visión del hombre y de su humanidad, la Iglesia se caracteriza por dar un sentido a toda la realidad humana, en contra de tantas antropologías que solamente se centran en aspectos parciales de la complejidad humana. En medio de todos estos aspectos y como centro de ellos, la Iglesia ve al hombre abierto a la trascendencia y hace depender todos los demás aspectos de las relaciones del hombre con Dios<sup>78</sup>. Así pues, la Iglesia respeta, reconoce y promueve todo lo humano; valora incluso lo que es propiamente terreno y profano; pero centra su visión del

76 Cf. Discurso *La ringraziamo*: AAS 57 (1965) 518.

77 Cf. Catequesis del 6 de agosto de 1969: IPVI (1969) 612-613.

78 Cf. Catequesis del 28 de julio de 1971: IPVI 9 (1971) 655-656.

hombre en su trascendencia y desde ella valora todo lo demás. La relación Dios-hombre, lejos de prescindir de lo terreno, lo valora en su justa medida. La Iglesia valora y promueve al hombre en su totalidad, en todo lo que él es y representa, pero sin olvidar a Dios en su diálogo con él, sino poniendo esta relación en la base de todo lo que es humano y como criterio de valoración.

Este criterio último establecido por la relación Dios-hombre manifestada en Cristo y anunciada por la Iglesia hace que la Iglesia defienda y promueva los valores espirituales del hombre como valores profundamente humanos que no pueden ser suprimidos sin que la humanidad sufra sus consecuencias. El hombre auténtico solamente puede construirse desde los valores del espíritu:

«Iluminada por la guía de Dios y singularmente rica en experiencia de los hombres, la Iglesia sabe y proclama que la verdadera promoción del hombre, el verdadero progreso de los pueblos, sólo puede realizarse cuando tienen su debida afirmación los valores espirituales que responden a sus más altas aspiraciones. Y del mismo modo la Iglesia a través de los tiempos ha venido comunicando estos valores y ha promovido para el desarrollo de los pueblos iniciativas que miran y abrazan a cada hombre y a todo el hombre (cf. *Populorum Progreso*, 14). La Iglesia debe seguir afirmando, por tanto, todos los valores de una vida verdaderamente humana, mostrando al propio tiempo que nuestros corazones no encontrarán su verdadero reposo hasta que descansen en Dios»<sup>79</sup>.

Valorando al hombre de esta manera, la luz de la trascendencia se enciende sobre la vida humana y todos los demás valores quedan relativizados por esta luz. El hombre se conoce y valora su mismo ser de una manera distinta y nueva<sup>80</sup>. El concepto de hombre en el seno de la Iglesia es diferente a tantos otros conceptos que privan al hombre de uno de sus más valiosos componentes. Por ello, es claro que la visión y experiencia de la Iglesia son la fuente de la

79 Mensaje para la jornada mundial de los medios de comunicación social: EPD (1973) 273.

80 Cf. Catequesis del 1 de junio de 1977: IPVI 15 (1977) 547-548.

que brota una nueva antropología que procede de la revelación<sup>81</sup> y que la Iglesia ofrece como un servicio al mundo.

Por otra parte, notemos que esta visión humana que la Iglesia ofrece es sumamente comprometida con las realidades de este mundo. La apertura a la trascendencia y la aceptación de la revelación en Cristo ofrecida por la Iglesia hacen del hombre un testigo en medio del mundo y lo comprometen a transformar la realidad según Dios<sup>82</sup>. Por ello, el hombre cristiano, el hombre de la Iglesia, está con los otros hombres y lucha con ellos en la transformación de este mundo, pero él lo hace desde las exigencias de su fe.

Por último, la visión de la Iglesia es totalizadora también en el plano temporal. Se basa en un pasado, en la historia real de Cristo entre los hombres; se desarrolla en un presente en el que escudriña los signos de los tiempos para su actuación; y espera en un futuro de plenitud en el que se encontrará con el Cristo resucitado<sup>83</sup>. Este sentido histórico completa así la visión de sentido que la Iglesia da al hombre y a la humanidad.

### *La Iglesia es servidora del hombre*

Todo lo que llevamos dicho desemboca en la afirmación de que la razón de ser de la Iglesia es el servicio al hombre. Desde la profundidad de su eclesiología y desde la antropología que se deriva de ella, Pablo VI es quien mejor ha desarrollado el amor y el servicio al hombre

81 O. González de Cardedal ha dedicado unas páginas a este tema en su artículo 'Iglesia y Sociedad', *Communio* 3 (1981) 143-167. Destacamos: «La revelación de Dios en Cristo, a cuyo servicio está la Iglesia y desde la que se identifica, se convierte así en un hecho antropológico en la medida en que abre los horizontes del hombre, crea una serie de necesidades nuevas y sitúa la verdad definitiva del hombre real en otro lugar distinto a aquel en que la sitúan quienes no conocen esa revaloración. La naturaleza del hombre, el humanismo, las posibilidades y los límites de la razón, el horizonte de lo irrenunciablemente humano ya no están para todos en el mismo sitio. «Ser hombre» tiene unas sonoridades y desencadena unas aspiraciones que no son en cada tiempo ni para todos iguales» pág. 156.

82 Cf. Discurso *Eccovi ora*: IPVI 8 (1970) 410.

83 Cf. Catequesis del 25 de agosto de 1965: IPVI 3 (1965) 1014.

como componentes de la realidad eclesial que brotan de su misma esencia, de su ser Iglesia.

Ya al comienzo de su pontificado, en su viaje a Tierra Santa, trata en Belén el tema hablando de Cristo como primogénito de la humanidad, como el hombre por excelencia, que la Iglesia ofrece a los hombres como respuesta y solución integral a sus inquietudes<sup>84</sup>. La Iglesia tiene a Cristo para ofrecerlo y darlo, para ser salvación integral del hombre. Y de ese poseer a Cristo brota el optimismo, la amistad hacia los hombres, el servicio. Este servicio se concentra en la humanidad; la Iglesia sirve a los hombres ofreciéndoles el Hombre auténtico.

Pero es quizá en los discursos que Pablo VI pronuncia en el aula conciliar donde más explícitamente toca el tema del servicio como constitutivo de la Iglesia. El concilio se ha trazado un camino pastoral de diálogo y de servicio a los hombres. Pablo VI asume la línea conciliar y la hace objeto de sus palabras. Así, cuando clausura la tercera sesión conciliar, habla de la Iglesia constituida para los hombres, reclamando la libertad necesaria para servirlos y profundizando en su esencia para serles más cercana:

«La Iglesia ha sido constituida para los hombres. La Iglesia no reclama para sí ninguna otra autoridad terrena que la que le permita servirlos y amarlos. La Iglesia santa, mientras perfecciona su modo de pensar y su estructura, no se separa de la vida y costumbres de los hombres, sino que intenta entenderlos mejor, participar en sus angustias y buenos deseos, apoyar sus aspiraciones comunes en busca de la prosperidad, la libertad y la paz»<sup>85</sup>.

De este modo respaldaba plenamente las líneas maestras trazadas por la constitución *Lumen Gentium* que acababa de ser aprobada. La Iglesia es servicio para los hombres y tanto más podrá serlo cuanto más cerca de ellos esté.

Al abrir la cuarta sesión del Concilio, en la que la tarea principal sería la constitución pastoral, Pablo VI vuelve a tocar el tema con palabras claras y precisas. La Igle-

84 Cf. Discurso *Nous voudrions*: AAS 56 (1964) 177.

85 Discurso *Post duos menses*: AAS 56 (1964) 1013.

sia no es fin en sí misma, sino que es servicio a los hombres. El Concilio es ocasión para que tome conciencia de ello y para que se lo diga a los hombres<sup>86</sup>. La presencia de Cristo en ella es exigencia de que lo haga presente en el mundo.

Clausurando el Concilio, en la homilía del 7 de diciembre de 1965, Pablo VI dedica al tema sus mejores palabras. Ante aquellos que acusan al Concilio de humanista, de que se ha centrado demasiado en el hombre, él defiende la religiosidad del Concilio precisamente por el servicio prestado a la humanidad, haciendo un paralelismo entre lo profundamente cristiano y lo profundamente humano; y desde ahí establece también el diálogo con los humanistas de este mundo que han de reconocer la profunda preocupación de la Iglesia por el hombre concreto, por el hombre de nuestro mundo, de hoy. La doctrina de la Iglesia, que se ha explicitado durante el Concilio, ha tomado la dirección del servicio, del servicio concreto a las necesidades concretas de la humanidad, centrando en él todo el magisterio y la pastoral de la Iglesia<sup>87</sup>. Esta idea de servicio como autenticación de la doctrina, como realización cristiana que hace que la fe no sea una «sobreestructura ideológica», era un tema presente en la teología de la época que Pablo VI asume<sup>88</sup>. El papa da también así su aprobación a la Constitución *Gaudium et Spes*.

<sup>86</sup> «Hoc modo toti generi humano nos obligari sentimus. Omnibus debitores sumus (cf. Rom 1, 14). Ecclesia, in hoc mundo, non se ipsam tantum, quasi finem, spectat, sed cunctis hominibus inservit; eius est Christum apud universos et singulos homines et populos, quam applissime et animo ardentissimo praesentem efficere; hoc est munus ipsius». Discurso de apertura de la 4ª sesión conciliar: AAS 57 (1965) 801.

<sup>87</sup> Cf. Homilía *Hodie Concilium*: AAS 58 (1966) 57.

<sup>88</sup> También del año 1965 es el artículo de E. Schillebeeckx, 'Iglesia y humanidad', *Concilium* 1 (1965) 65-94, en el que trata el tema de esta relación y en el que centra también en el servicio la autenticidad del cristianismo. «Pero, por mucho que la eclesialidad sea la forma explícita de realizar nuestra religión y nuestro cristianismo, la realización de nuestro ser cristiano transcurre en la historia concreta de nuestra vida humana diaria, en el mundo y junto a nuestros prójimos. La veracidad de nuestro trato personal con Dios, de nuestro cristianismo y nuestra eclesialidad, deberá, por tanto, ser comprobada constantemente por la autenticidad de nuestra fraternidad o de nuestro amor real a los hombres» pág. 93.

Nadie puede negar, en palabras de Pablo VI, la unidad entre lo religioso y lo humano. Nadie puede dudar del carácter religioso del Concilio por su preocupación en servir a los hombres, ya que en ese servir a la plenitud humana entre de lleno la caridad que lo inspira, y entran los valores religiosos cristianos y la referencia a Dios<sup>89</sup>. En último término, el tema es iluminado por la encarnación de Cristo, modelo y guía para la Iglesia. Si es verdad que en Cristo encarnado, hombre perfecto, se nos ha revelado Dios de tal manera que solamente podemos conocer en plenitud lo que es el hombre conociendo a Dios, por la misma ley de encarnación podemos afirmar también que, «para conocer a Dios, es necesario conocer al hombre»<sup>90</sup>. Pablo VI ha logrado en esta homilía de clausura de las sesiones conciliares establecer las bases del servicio en la Iglesia, de su justificación, de su necesidad y de su urgencia.

Años más tarde, recordando el Concilio, en una audiencia general vuelve a repetir la idea de servicio en la Iglesia y pone en él la garantía de la pureza de la fe, la exigencia de unidad, de santidad, de espíritu misionero, la posibilidad de renovación de la Iglesia<sup>91</sup>. Solamente desde el servicio la Iglesia hace realidad la salvación de Cristo ofrecida en ella a los hombres y la hace concreta en el hombre concreto al que sirve.

### *La Iglesia fermento de una nueva humanidad*

Hemos visto cómo basándose en la encarnación de Cristo la Iglesia tiene un nuevo concepto de humanidad que ofrece en servicio a los hombres. La Iglesia no se mueve solamente a niveles ideológicos. Su mensaje es, ante todo, vida y, por ello, su incidencia real sobre el mundo es transformadora. La humanidad nueva que ella encierra, el hombre creado a imagen de Cristo, es capaz de rejuvenecer continuamente nuestro mundo. Cuando ello es así, solamente entonces podemos hablar del servicio real que la Iglesia presta. Pablo VI se hace eco también de la transformación del mundo gracias al servicio de la Iglesia, de

89 Cf. Homilía *Hodie Concilium*: AAS 58 (1966) 57-58.

90 Cf. loc. cit., 58-59.

91 Cf. Catequesis del 17 de junio de 1970: IPVI 8 (1970) 644.

la nueva humanidad que brota allí donde la Iglesia está presente.

Y es que, de hecho, la encarnación de Cristo es ya en sí misma transformadora. La relación que su venida ha establecido entre los hombres y Dios es fundamento de una nueva relación entre los hombres<sup>92</sup>. La revelación de Dios, que ha llegado a la plenitud en El, ha aportado, como hemos visto, un nuevo sentido a la vida humana que supone las bases de una nueva forma de acción. A la nueva comprensión del hombre sucede lógicamente una nueva forma de ser en el mundo.

La Iglesia, portadora de Cristo, hace que esa revelación continúe iluminando la vida de los hombres. El servicio se concentra en la humanidad, en su vida. La Iglesia es hoy ante el mundo quien encarna también el concepto y el sentido del hombre nuevo que procede del conocimiento de Dios que se ha hecho cercano en Cristo<sup>93</sup>. Por tanto, toda actividad en la Iglesia, toda función transformadora de la humanidad, brota del saber de Dios que en Cristo encarnado se ha hecho revelación y se ha dado a la Iglesia. La revelación de Dios en la encarnación de Cristo es el fundamento último de la humanidad transformada por la que la Iglesia trabaja.

Hay algo claro que se deduce de lo que hemos dicho: la Iglesia tiene que ser fermento de la nueva humanidad *por fidelidad a su misión*. Servir al hombre, promover un hombre nuevo, comprometerse en acciones que tiendan a ello, no es un añadido a su misión, sino que su misión está también ahí. La revelación en Cristo encarnado ha de ser para ella fuente de acción y de compromiso<sup>94</sup> en el sentido de todo lo auténticamente humano. La Iglesia, donde se encuentre, tiene que apoyar y elevar todo lo humano; allá donde haya cualquier tipo de promoción humana, allí hay tarea también para la Iglesia.

En medio de las tareas que la Iglesia puede desarrollar de cara a la construcción de esta nueva humanidad, Pablo VI se fija en el servicio a la unidad entre los hombres.

92 Cf. Radiomensaje de Navidad *Sia per voi tutti*: AAS 56 (1964) 61.

93 Cf. Homilía *Hodie Concilium*: AAS 58 (1966) 58.

94 Cf. Discurso *Desideriamo anzitutto*: AAS 66 (1974) 253.

El hombre nuevo, Cristo resucitado, es fundamento de dicha unidad, «en El está el centro de atracción para la verdadera, fraterna y fecunda unidad de la familia humana»<sup>95</sup>. Y en la Iglesia, fundada sobre Pedro, la humanidad tiene un signo de esperanza en la unidad, fraternidad y paz de Cristo<sup>96</sup>. Realmente esta acción de trabajar en la búsqueda de una humanidad unida responde fielmente a todas las ideas que hemos señalado en el magisterio de Pablo VI. La unidad de los hombres con Dios y de los hombres entre sí es el fin último de la encarnación de Cristo; la unidad, la comunidad de Dios, es el objeto también de la revelación en la encarnación; la unidad en la comunión con Cristo y entre los hombres por el Espíritu constituye también el misterio de la Iglesia. Si la Iglesia cree en la unidad, espera en la unidad y trabaja por ella, es lógico que sea también la unidad entre los hombres una de las acciones en que se encarna su misión en medio del mundo.

No es sólo, por tanto, el anuncio de Cristo en palabras lo que constituye la misión de la Iglesia. La misión está también en la acción, en la transformación de los hombres según Cristo en el mundo. De ahí se deriva una serie de acciones que brotan de la misión. Y estas acciones —acciones siempre en favor del hombre— han sido emprendidas y defendidas por la Iglesia. Por ello, ha crecido cada vez más en su vida la opción efectiva por el hombre y todo lo humano que quizá últimamente, desde la *Rerum Novarum* de León XIII, se ha centrado de un modo especial en las cuestiones sociales. La Iglesia ha tomado posición en cuestiones concretas que atañen al sentido del hombre y así lo ha recordado Pablo VI a los trabajadores<sup>97</sup>. De este modo, se combinan en la Iglesia una teoría sobre el hombre, fruto de la encarnación de Cristo, y una praxis que la verifica en la esperanza del hombre nuevo, a imagen de Cristo

95 Mensaje pascual *Fratelli*: AAS 58 (1966) 313.

96 Cf. Allocución *Voi avete*: AAS 59 (1967) 1041.

97 En el discurso *A voi lavoratori* a los trabajadores en el 75º aniversario de la *Rerum Novarum*, Pablo VI se detiene en acciones concretas de la Iglesia en favor de una sociedad más justa: se ha interesado de la cuestión social, ha hablado de la dignidad del trabajo, ha enseñado prácticamente la justicia social, ha descendido en su caridad a condiciones concretas de la vida social, ha defendido el derecho de asociación cultural. Cf. AAS 58 (1966) 492-496.



resucitado. Esta praxis eclesial ha estado muy presente también en la teología<sup>98</sup> y ha dado origen a teologías nuevas que, desde la nueva humanidad, han intentado profundizar en las actitudes básicas de la Iglesia en el mundo de hoy.

Por último, hemos de señalar también dos exigencias que esta acción, basada en la misión de la Iglesia, impone. La primera es una exigencia de encarnación. La Iglesia solamente puede ser fermento de humanidad cuando está realmente unida a la masa. Esto implica estar cerca del hombre, con él, escucharlo, estar presente en las distintas facetas de su vida. Y esto no por conveniencia, sino como exigencia del evangelio<sup>99</sup>, como imperativo que brota de la encarnación de Cristo. La segunda es una exigencia de renovación continua. La Iglesia solamente puede ser fiel a sí misma en la medida en que continuamente entre en contacto con los diferentes hombres. Su vida se muestra en la capacidad de diálogo. Esto lleva consigo una continua renovación y revisión de estructuras que logren que la Iglesia, permaneciendo en su identidad, pueda continuar llevando su mensaje a los hombres. Así lo recordaba Pablo VI a los padres conciliares<sup>100</sup>. Así, con estas dos exigencias, la Iglesia no es indiferente a la historia de los hombres. Ella misma se encuentra de lleno en esa historia comunicando el mensaje de Cristo y convirtiéndola en historia de salvación para los hombres.

98 En el artículo que hemos citado de González de Cardedal, también se hace referencia a acciones concretas que alimentan la historia de la humanidad y pertenecen a la misión de la Iglesia. Se argumenta así: «La Iglesia vivirá así de un simultáneo optimismo teórico y de un lúcido realismo histórico, alimentando su esperanza en la gloria del hombre, porque contempla la Gloria del Hombre, quien desde la muerte y por la fuerza del Dios viviente llegó a a resurrección, y con quien ha llegado a la cabeza de esta caravana de humanos, aún dispersos y hambrientos en el desierto de la historia. De ahí que batalle con pasión por un hombre nuevo desde el convencimiento de que es posible llegar a serlo, a la vez que se vuelve a la pobreza, debilidad y desesperanza de este mundo como si sólo ellas existieran». Y sigue a continuación una serie de actitudes concretas que debe tomar la Iglesia. Loc. cit., 160-161.

99 Cf. Discurso *Siamo assai lieti*: AAS 67 (1975) 105.

100 Cf. Homilía *Modo audistis*: AAS 57 (1965) 901.

*La Iglesia promesa y actualidad  
de la nueva humanidad*

Realmente la Iglesia es historia de salvación para los hombres porque en ella misma se da la salvación y se espera. Su vida es ya el comienzo del final que se vive en esperanza. Y unida a la esperanza y a su actualidad, está también la encarnación. El cuerpo de Cristo resucitado es la garantía de la realidad y de la promesa para el hombre. La encarnación no se ha terminado con la Pascua, sino que se ha eternizado en la gloria. Si, como ya vimos, el hecho de la encarnación tiene algo que ver con toda la humanidad, el hecho de su eternización también. De Cristo resucitado procede el Espíritu que introduce a los hombres en la vida de Dios<sup>101</sup> y hace posible ya ahora participar en esa vida que tiene características análogas a la suya. La comunión con Dios no es un acontecimiento reservado para el futuro de la humanidad, sino que está ya presente y actuando en el mundo por el Espíritu que procede de la Pascua de Cristo. Cristo resucitado entra de lleno así en la historia de la humanidad y da al hombre su sentido último.

Cristo resucitado, su encarnación eternizada, es la garantía del final de gloria para el hombre. Su resurrección es resurrección del hombre, de la misma manera que su encarnación fue también para todo hombre. Es un misterio universal que, partiendo de El, llega a todos<sup>102</sup>. Su gloria es señal que nos indica que estamos destinados a la supervivencia, a la comunión y a la resurrección<sup>103</sup>. Lo que su humanidad es ahora será un día la humanidad completa. Con Cristo resucitado está dado el sentido último de la dirección de la vida humana; el hombre está destinado a la resurrección y ello da plenitud y razón de ser al camino. La vida del hombre sobre la tierra terminará en la comunión total con Dios y con los hombres.

Esta realidad de resurrección se vuelve sobre nuestro mundo y sobre nuestra historia de dos maneras: dando sentido y dando también participación en la resurrección. El Espíritu que hemos recibido es el Espíritu del Resucitado

101 Cf. Mensaje de Pascua *Risuoni ancora*: AAS 56 (1964) 392-393.

102 Cf. Mensaje de Pascua *Venerati fratelli*: AAS 57 (1965) 397

103 Cf. Homilía *Fedeli alla norma*: IPV 13 (1975) 414.

y su resurrección es semilla de resurrección entre nosotros. Nuestra vida se mueve por la esperanza de un final que ya está en misterio dentro de nosotros y nos hace anhelar la resurrección total<sup>104</sup>. La nueva humanidad, la humanidad resucitada de Cristo, es promesa para todos, pero es también actualidad que por su propio dinamismo incita y empuja hacia su desenvolvimiento total. No sólo somos atraídos por lo que esperamos, sino que lo que esperamos ya está en nosotros siendo fuerza capaz de transformar el hombre y el mundo, capaz de humanizar en su sentido último.

Y este misterio de la humanidad nueva esperada y vivida se hace realidad en el mundo por medio de la Iglesia. Por ello, la relación de la encarnación con la Iglesia no es sólo una relación de origen y fundamento, sino, ante todo, una relación de actualidad. Cristo no se agota en ser quien ha fundado la Iglesia; su resurrección es la que posibilita ahora su presencia en ella<sup>105</sup>. El Espíritu de su resurrección está presente transformando la humanidad, haciendo de ella comunión, construyendo la Iglesia, preparando el futuro de plenitud<sup>106</sup>.

Vemos así cómo en Pablo VI tienen total resonancia todas las corrientes apreciadas en el Concilio en las que se pedía que la resurrección final iluminara el misterio de la Iglesia. La escatología tiene que estar presente en la descripción de su misterio. Y no sólo como final de esperanza, sino como motor de acción. La humanidad de Cristo resucitado completa así el misterio de la relación entre la encarnación y la Iglesia; y lo completa una vez más desde la pneumatología, que se ha convertido en la única posibilidad de comprensión de esta realidad.

Desde todas estas ideas, Pablo VI comprende la relación de la Iglesia con las diversas culturas, el tema de la liberación que se desarrolla en su pontificado y al que

104 Cf. Mensaje pascual *Accogliete*: AAS 59 (1967) 357.

105 Cf. Homilía *Fedeli alla norma*: IPVI 13 (1975) 411.

106 «E nella scoperta della bellezza della Chiesa, appena delineata durante questa nostra vita, ma già trasparente per qualche sua irradiazione da quella futura, impariamo ad amare la Chiesa, l'umanità buona, l'umanità ideale, l'umanità santa, che lo Spirito di Gesù prepara nel tempo per farla risplendere nella gloria eterna». Catequesis del 5 de junio de 1974: IPVI 12 (1974) 528.

dedicó una buena parte de su magisterio, aspectos concretos de la reforma de la Iglesia, y otros temas de la práctica eclesial en los que ya no nos detenemos. Todos ellos están marcados por su concepción eclesiológica fuertemente cristocéntrica.

### 3. CONCLUSIONES

Terminamos nuestro recorrido por el magisterio de Pablo VI como lo comenzamos, repitiendo que su pontificado y su eclesiología están marcados por el Concilio del que fue un servidor fiel. Pero su fidelidad es una fidelidad creativa que, como el Concilio mismo, ha sabido ir respondiendo y dialogando con la problemática nueva de la Iglesia posconciliar. Sus dos grandes pretensiones, meditar sobre el misterio de la Iglesia y su continua reforma, son los polos de la fidelidad de su doctrina. Así lo pidió al Concilio al comienzo de la segunda sesión y así lo vivió en su magisterio. Estas dos pretensiones tenían un único eje: Cristo. Desde El la Iglesia tenía que meditar y desde El tenía que renovarse. Por ello, el tema de las relaciones de Cristo con su Iglesia, el tema de este trabajo, ha sido central en su amplia doctrina.

El pontificado de Pablo VI supone un enfoque eclesiológico magisterial eminentemente cristocéntrico. Todas sus reflexiones sobre el ser de la Iglesia tienen como telón de fondo la persona de Cristo desde la que la Iglesia se medita, se juzga y se renueva continuamente. La teología de la Iglesia como sacramento y su consagración en el Vaticano II hacen que la Iglesia en este pontificado sea vista como el lugar de la comunión de Dios con el hombre, de la misma manera que Cristo en su humanidad fue también ese lugar.

Se crea así una relación Iglesia-Cristo de tal fuerza que no solamente es necesario Cristo para comprender el misterio de la Iglesia, sino que es necesaria también la Iglesia para conocer y comprender a Cristo. De la misma manera, el pertenecer a Cristo pasa y se identifica con la pertenencia a la Iglesia. La analogía con el misterio de la encarnación como descripción de la Iglesia del Vaticano II es entendida y explicada dentro del conjunto de

todas las presencias de Cristo en el mundo y de todas las relaciones Iglesia-Cristo. La analogía con el misterio de la encarnación no agota todo el ser de la Iglesia ni de su relación con Cristo; es un dato clave que se une a otros más para en el conjunto desvelar su misterio.

La pneumatología, que poco a poco ha ido adquiriendo una gran importancia, se va convirtiendo en el elemento imprescindible para la comprensión de la unidad de la Iglesia con Cristo. El Espíritu es visto mucho más desde la economía de la salvación que desde la ontología trinitaria. Es el Espíritu, fruto y don de la Pascua de Jesús, el que es derramado sobre la Iglesia y el que la une profundamente a la persona y a la obra de Cristo. De este modo, Cristo, Iglesia y Espíritu entran a formar parte del plan salvífico de Dios.

Y es ese mismo Espíritu el que, manteniendo la unidad, diferencia y distancia a Cristo de la Iglesia, haciendo de su historia un peregrinar hacia Cristo. El Espíritu hace de la Iglesia sacramento de Cristo, con lo que la Iglesia queda relativizada ante El y marcada por profundas exigencias que la sitúan en un estado de conversión y renovación continuas. Estas exigencias permanentes se centran en la necesidad de que Cristo sea significado por la vida, las palabras y los acontecimientos eclesiales.

En cuanto al tema de la relación de lo divino y lo humano en la Iglesia, el pontificado de Pablo VI supone la afirmación y defensa de los puntos afirmados por el Vaticano II. En efecto, en su pontificado siempre están presentes las alusiones a la estructura humano-divina de la Iglesia derivada de su estructura sacramental. Estructura que no es accidental en la Iglesia, sino que responde al ser íntimo del hombre y a la vía de la encarnación por la que Dios ha optado en la salvación. Esta vía de encarnación se adapta perfectamente a la estructura humana y es esencialmente sacramental; usa lo visible y humano como significante de lo invisible y divino.

Así el hombre es el término de la encarnación y de la Iglesia, pero también es el medio por el que la salvación se realiza. El hombre Jesús, en primer lugar, y los hombres de la Iglesia que han recibido su Espíritu son el medio para que la salvación de Dios llegue al hombre. La salva-

ción trascendente toma así una estructura sensible y humana.

El problema llega porque lo humano es inadecuado para significar lo divino y siempre el camino de la encarnación ha sido escandaloso para los raciocinios humanos. Es el Espíritu quien hace de lo visible signo de Dios, pero su comprensión solamente puede hacerse desde el mismo Espíritu. Por ello, a lo largo de la historia, en Cristo y en la Iglesia no se ha aceptado el que Dios actuara visiblemente. La cercanía de Dios en el hombre siempre ha tenido multitud de formas de contestación. Y también el tiempo posterior al Vaticano II, el tiempo del pontificado de Pablo VI, se ha caracterizado por una nueva contestación al misterio de la encarnación en la Iglesia; desde la invisibilidad del misterio eclesial no se ha querido comprender la visibilidad de la manifestación y de la actuación del misterio.

Y Pablo VI ha sido el continuo afirmador de la necesidad de las dos facetas en el misterio eclesial, el afirmador de la Iglesia de lo visible y de lo invisible, de la Iglesia del ministerio y el carisma, de la Iglesia del derecho y del amor. Su pontificado ha supuesto una revalorización, a la vez que profunda revisión y purificación, de que todo lo visible en la Iglesia brota de lo invisible y ha de ser igualmente afirmado. Y así en sus enseñanzas magisteriales queda claro que el ser Iglesia implica la pertenencia a una sociedad visible con todo lo que ella supone.

El pontificado de Pablo VI desarrolla también el encuentro Iglesia-humanidad dado en el Vaticano II. Desde Cristo y en Cristo la Iglesia se encuentra con el hombre y le da el sentido último de la humanidad, ya que en Cristo se han encontrado el hombre que ha ido ascendiendo en su humanidad hacia Dios y el Dios que ha ido descendiendo en su divinidad hacia el hombre. Desde Cristo, la Iglesia puede responder a la pregunta última, la pregunta sobre el sentido de la vida humana. Y en Cristo responde y explica la apertura a la trascendencia profundamente arraigada en el hombre. La Iglesia posee así toda una antropología que puede ofrecer al mundo y un auténtico humanismo, el humanismo cristiano.

El optimismo en la visión del mundo del Vaticano II continúan en Pablo VI al mirar el mundo desde la huma-

nidad de Cristo en la que se encuentran el hombre y la Iglesia, de modo que lo profundamente humano es cristiano y viceversa. Toda actuación cristiana repercute en una humanización y toda actuación auténticamente humana repercute en una cristianización. De ahí que la tarea de la Iglesia sea un servicio activo a los hombres y al Reino. De ahí que la tarea de la Iglesia sea una liberación integral de todo lo que no deja al hombre ser plenamente hombre. Dando desde Cristo sentido a la humanidad, la Iglesia sirve al hombre en su misma humanidad y comienza la construcción del Reino.

Por ello, lejos de toda separación de lo humano y lo cristiano, la Iglesia se vale de las realidades humanas y las transforma, se encarna en ellas para evangelizarlas, se compromete con ellas para introducir las en el Reino. Entre estas realidades humanas, merece una especial mención la cultura que se convierte en un camino para la Iglesia; la Iglesia se encarna en las culturas humanas, aunque no se identifique con ellas, las enriquece con su visión del hombre y, a través de ellas, hace llegar el misterio de la salvación a los hombres. Esta encarnación cultural es un reto para la Iglesia de hoy.

Con su sentido de la humanidad, con un compromiso en la construcción del Reino, con su liberación de todo aquello que deshumaniza al hombre, la Iglesia fermenta al mundo, comienza a hacer de él Reino de Dios en el que los frutos de la resurrección comienzan a estar presentes y la nueva humanidad, fruto de la redención de Cristo, es signo de los tiempos escatológicos que esperamos.

Relacionando la Iglesia con Cristo, Pablo VI ha tenido un magisterio especialmente práctico y comprometido con las realidades de este mundo. La encarnación ha puesto para la Iglesia unas exigencias de cercanía a los hombres, de compromiso en la construcción de un mundo nuevo, de afirmación de sus culturas y peculiaridades, de liberación en busca de un hombre mejor que responda al modelo de Cristo. Es quizá en este último aspecto donde su magisterio ha sido más fecundo y ha supuesto una novedad respecto a pontificados anteriores.

En realidad, el cambio operado en la Iglesia por el Vaticano II exigía una Iglesia más encarnada en las rea-

lidades mundanas y el papa impulsor del acontecimiento conciliar fue también el gran impulsor de su eclesiología.

Han pasado ya diez años desde que el papa del Concilio, del diálogo entre los cristianos y de éstos con el mundo, de la renovación de la Iglesia, nos dejó. Su pasión fue la Iglesia vista siempre a la luz del misterio de Cristo que continuamente la explica y la renueva. Sean estas páginas un homenaje a su amor a la Iglesia; amor que quizá se manifestó más que nunca en un escrito póstumo<sup>107</sup> que salió a la luz al cumplirse el primer aniversario de su muerte. En él nuevamente junto a sus deseos para la Iglesia aparece Cristo:

«Y a la Iglesia, a la que todo debo y fue mía ¿qué diré? Que las bendiciones de Dios descendan sobre ti; ten conciencia de tu naturaleza y de tu misión; ten el sentido de las necesidades verdaderas y profundas de la humanidad; y camina pobre, es decir, libre, fuerte y amorosa hacia Cristo».

JULIO A. RAMOS GUERREIRA  
Universidad Pontificia  
Salamanca